

SEUDÓNIMO: ELSA GARCÍA

JOHN

La mujer de John afeita a John. Con navaja. Le recorta las patillas con tanta exactitud que parecen perfiladas con tiralíneas. Hoy, como se cumple el primer aniversario desde lo del accidente, se las deja cortitas como el día en que se casaron. Nada que ver con la manera en que se las apuraba él cuando eran novios y podía afeitarse solo. Después la mujer de John levanta con un dedo la punta de la nariz de su marido haciendo que se le estire la piel del bigote. Pasa la cuchilla lentamente porque los pelos de esa zona son más duros que los de otras y no quiere olvidarse de ninguno. Luego le rasura la barbilla dejándose el cuello para lo último.

John parece agradecersele abrazándola hasta lo que alcanzan las correas y, como no tiene fuerzas para separar los dedos de las palmas de las manos, opta por darle golpecitos en los costados con los antebrazos.

Ya está, mi niño, ya está, le dice la mujer de John a John. Él se agita en su silla y babea convirtiendo en espumarajos los restos de loción que aún le quedan bajo la boca.

La silla de John traquetea un poco por los meneos, pero no pasa nada, ahí está ella para ponerle el freno y detenerla.

Cuando la mujer de John da la última pasada, sumerge la navaja en una palangana que previamente colocó sobre el regazo de él para limpiarla. Se producen burbujas y algunos borbotones blanquecinos en la superficie del agua.

De pronto la mujer de John se alarma cuando se percata del tizne rojizo que ha tomado uno de ellos, así que se ve obligada a pasar una toalla blanca por la cara de su marido para encontrar su procedencia. La encuentra sobre el mentón, a unos milímetros

bajo sus labios. Puede que su marido tuviera ahí algún granito o tal vez le laceró una peca por la vehemencia con la que usó la cuchilla, la mujer de John no lo sabe a ciencia cierta. Se encorva para quedar a la altura de su marido y le da muchos besos sobre la herida como si, afanándose de esa forma sobre su piel, creyera poder eliminarla.

II

La mujer de John prepara una cena especial porque se cumple un año del día en que John volvió a nacer. El día de la nueva vida, le gusta llamarlo. El menú no es nada del otro mundo: calabacines rellenos, tortilla de patatas, puré. Nada demasiado sólido como para que a John, en su estado, se le haga fuerte y pueda atragantarse. Antes, cuando no tenía tan en cuenta los ingredientes, sí tuvieron algún problema porque él no era capaz de hacerse con la comida y vomitaba. Pero eso ya no le pasa.

Mientras cocina, la mujer de John canturrea una canción infantil. Se trata de una melodía muy sencilla que aprendió un par de años antes de lo del accidente, cuando John podía moverse solo y reía y hacía el amor con ella. Como los dos querían tener hijos, fue ella quien, de pronto, se hizo con un montón de ropa de niño prestada y un disco de canciones para bebés que empezó a poner a todas horas. Sobre todo la primera de ellas. A veces la ponía veinte o treinta veces al día, y la cantaba otras tantas. Se la aprendió de tal manera que llegó a ser capaz de cantarla incluso del revés, sílaba por sílaba, pronunciando palabras inventadas de un idioma extraño que a John llegó a parecerle siniestro. Pero todo volvió a su cauce con el accidente, cuando, tras la operación, el médico les dijo que se olvidaran de tener niños. Nada de niños.

La mujer de John se da cuenta de que le faltan calabacines y detiene la interpretación de la cancioncilla en seco, sin pararse a terminar la cadencia; se ha

percatado de que le falta el ingrediente principal para uno de los platos. Al principio piensa que quizás pudiera utilizar patatas o berenjenas, igual de suaves para su marido que aquellos, pero decide no hacerlo. Cuántos aniversarios del día de la nueva vida les quedarán juntos. Así que se quita el delantal y le dice a John que volverá pronto, lo que tarde en bajar a comprarlos. Él asiente desde la silla de ruedas, en el salón, con la televisión puesta por ella en un canal al azar y el volumen prácticamente a cero. El mando a distancia a unos metros, coronando una torre de revistas deportivas muy antiguas apiladas sobre el cristal de la mesita de té. Lejos de su alcance. Antes le gustaba leerlas, decía que le servían para aprender nuevos juegos y mejorar su cuerpo. Pero ya no las toca.

La mujer de John coge las llaves y cierra la puerta sin olvidarse del cerrojo.

John quita los frenos de la silla con los codos. En su esfuerzo hace ceder los hombros hacia abajo hasta casi dislocarlos. No le cuesta mucho, no es la primera vez que se suelta. Con el torso hace avanzar la silla a empujones hasta que llega al armarito en el que ella guarda las llaves de la casa. Lo abre pero no hay copias. Entonces John decide ir a buscar el teléfono que guarda bajo su lado de la cama antes de que ella vuelva. Recorre la casa marcha atrás, tan rápido que no se percata de que avanza topándose de lleno con algunos de los muebles. A punto está de tirar varios adornos que se zarandean sobre sí mismos cada uno en su repisa.

Cuando encuentra el teléfono lo coge con los puños y lo coloca sobre la cama, lo enciende pulsando uno de los botones con la masa de dedos inertes que conforman su mano. El teléfono entra en funcionamiento pasados unos segundos, no muchos. John presiona el icono de llamada de emergencia y mira el reloj de la mesilla. Suenan un par de tonos pero nadie responde, demasiado pedir sería que hubiese una operadora al otro lado de la línea presta a responder a su llamada. Después suena otro tono y otro y otro.

Ya van cinco. Cuando apenas ha transcurrido el mínimo espacio de silencio que separa el quinto del sexto tono resuenan unas llaves en el eco del portal que más tarde penetran en su cerradura. El cerrojo que se desliza lentamente y cede. La puerta se abre.

John tira el teléfono como puede bajo la cama. Sin tiempo de apagarlo. Quizás respondiera alguien, pero eso ahora ya no importa. Cuando la puerta se abre del todo, oye la cancioncilla infantil interpretada por la voz opaca de su mujer que, poco a poco, va sonado más fuerte y más nítida a medida que se acerca.

John respira hondo para atenuar la excitación y los escalofríos del instante. Su mujer, que ya ha recorrido el pasillo y se encuentra en el umbral del dormitorio, se afana en la interpretación de la cancioncilla que más parece ahora una composición propia. Encuentra a su marido al fondo, entre la pared y una de esas máquinas de coser antiguas con el mecanismo a pedales insertado en su propio mueble. Ninguno de los dos la usó nunca pero ella se empeñó en decorar con la máquina el interior del dormitorio en lugar de tirarla. Y ahora parece servirle a John de parapeto. Los ojos cerrados, la mandíbula tensa. Después la mujer de John le pregunta a John qué es lo que está haciendo sin dejar de entonar la cantinela, procurando acoplar las palabras de esa pregunta a los giros propios de la melodía.

III

A la mujer de John no parece importarle que su marido se suelte las correas. No anda y casi no mueve los brazos o la cabeza. Y apenas pronuncia palabras sueltas deformadas por una laringe inútil que tan solo ella entiende. Ya pasó todo, mi amor, le dice mientras le frota la cabeza como si fuera la de un niño. No querrás quedarte sin regalo de aniversario por tus travesuras. John cierra los ojos mientras es empujado por

ella hacia el salón. Las ruedas de su silla parecen chirriar más que nunca hasta que dejan de hacerlo de golpe, cuando su mujer lo deja en la posición de siempre, a unos metros del mando y las revistas, y frente a un televisor ya sin volumen.

IV

La mujer de John prepara un centro de mesa para la cena. Coloca flores y figuritas envueltas en plásticos transparentes. Y enciende velas aromáticas por toda la casa cuyos olores, quizás, él ya no percibe. Ya a la mesa, corta en trocitos pequeños la comida de su marido. Lo hace con un cuchillo romo no fuera a ser que a él le diese por cogerlo y lo utilizase. Le da de comer despacio haciendo tiempo entre pedazo y pedazo para que lo mastique concienzudamente. Y le da del puré rebañando el sobrante que sale por sus comisuras con la propia cuchara.

Un rato después, cuando ya ha terminado lo suyo, la mujer de John le da una mousse de arándanos preparada por ella misma. Despacio. Y conversa con él mientras lo traga diciéndole lo bien que están los dos juntos y lo mucho que le quiere.

Cuando termina la cena, la mujer de John decide darle su regalo de aniversario de la nueva vida. Apaga varias velas con soplidos lánguidos y se ausenta. Parece que tarda. En ese momento John está tentado de empujarse su propia silla y alcanzar la puerta a trompicones. O de zarandearla a un lado y a otro hasta volcarla y estrellarse adrede contra la mesita de cristal por si, con un poco de suerte, esta se rompiese y acabara haciéndole heridas irreversibles. Pero no lo hace.

Su mujer vuelve con otra ropa, de ahí la tardanza. Lleva una falda muy ajustada y una blusa de seda con los tres primeros botones sueltos. Los pechos de ella se dibujan entre los pliegues de la tela. John sabe que debajo no lleva nada, como aquellas otras

veces en las que, cuando sí caminaba, le pedía que se quitara el sostén si se vestía de seda para que no se notaran las marcas.

La mujer de John se desabrocha la blusa despacio, esforzándose al máximo en la entrega de su regalo. Después se sienta a horcajadas sobre él. La falda se le levanta hasta que la presión comprime sus muslos y hace que se detenga. Le lame la cara y le restriega los pechos por la boca. Él gira la cabeza como puede quizás para no verla, ahora una de las velas le ilumina casi por completo. El televisor, esta vez apagado, le devuelve su propio reflejo desfigurado por la convexidad de la pantalla.

Ella coloca una de las manos muertas de su marido sobre sus nalgas. Gime y respira hondo, y se mete las suyas bajo la falda. Con los dedos se acaricia a sabiendas de que nadie se acostará con ella. Después le susurra al oído que todo irá bien, que pase lo que pase ella siempre estará a su lado. Él mira en el televisor su propio reflejo ahora desdibujado por el titilar de las velas. Ella también lo mira, y lo ve fluctuar en la pantalla sobre su silla de ruedas, atado con las correas. Le susurra que es muy feliz por continuar tanto tiempo juntos y, muy despacito, le desea feliz aniversario del día de la nueva vida. Un año después de todo y sin apartar la vista del reflejo, la mujer de John le agradece a John su regalo.